

Gente disfuncional

Las memorias de infancia de Mary Karr componen un libro duro, desternillante y verdadero

✎ **PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA**

Periferia y Errata Naturae se están asociando para editar libros llenos de interés. En esta ocasión presentan las memorias de infancia de Mary Karr, un texto publicado en Estados Unidos en 1995 que tuvo un gran éxito y una notable influencia. Lena Dunham, la creadora de 'Girls', lo ha definido como «una agresiva palmadita en el hombro dentro de una sala abarrotada». Las receptoras de ese golpecito fueron, especialmente, las mujeres. Lo que siguió fue una invitación a enfrentarse a la propia experiencia emulando el rechazo de Karr a reprimirse, su rechazo a mentir. La opinión de Dunham es significativa. Parece evidente que su

trabajo, como el de Tina Fey o Caitlin Moran, encuentra un antecedente directo en la energía desinhibida, la primera persona pendenciera y el humor brillante y demoledor de Mary Karr.

El club de los mentirosos responde a un clásico estadounidense: la autobiografía de alguien que crece en un rincón de la América profunda en el seno de una familia no del todo ejemplar. Sin embargo, la escritura de Karr reacciona desfavorable ante cualquier clase de cliché. Los repele. Casi nada resulta previsible en la imagen que ofrece en este libro de su pueblo petrolero del este de Texas, ni tampoco en el retrato de su familia o en el sentimiento que le provoca su propia infancia. Que todo va ser distinto en su manera de enfrentarse al pasado lo entendemos pronto, al leer cosas como esta: «Mi madre no se echaba novios, directamente se casaba. O al menos a esa conclusión llegamos cuando finalmente me enteré de todas las veces que se había casado antes de juntarse con mi padre.

En total celebró siete bodas, dos de ellas con mi padre».

El padre de Mary Karr era un sindicalista de pocas palabras. Luchó en la Segunda Guerra Mundial, trabajó en una refinería y el día de su boda brindó con una petaca y le agradeció a su mujer que se casase con «un pobre desgraciado». La madre de Mary Karr era una mujer llena de secretos, una chica del sur con talento para pintar que brilló en Nueva York y terminó trabajando en el periódico de un pueblo de mala muerte. Tenía un carácter imprevisible. Como su marido, bebía demasiado. La pequeña



EL CLUB DE LOS...

Autora: Mary Karr. Novela. Ed.: Periferia y Errata Naturae. 517 págs. Círculos, 2017. Precio: 23 euros

Mary tenía por su parte una hermana mayor, Lecia, con la que componía una pareja semisalvaje que tenía asombrado al vecindario.

Mary Karr describe su infancia, que incluyó momentos realmente tremendos, con humor y fiera. Uno de los grandes secretos del libro consiste en que expulsa a patadas el sentimentalismo, pero es constantemente emocionante. Karr escribe desde la convicción de que es el miedo lo que hace que el drama se redoble en nuestro interior. «Cualquier familia compuesta por más de un miembro es una familia disfuncional», advierte. Y 'El club de los mentirosos' es una declaración de amor a su familia: un grupo humano constantemente en ruinas que incluye a personajes tan potentes como la abuela Moore («Puede que sea un error atribuirle el grueso de los males de mi familia a su llegada, pero la abuela Moore era tan hija de la gran puta que no puedo hacer otra cosa»). Mary Karr ha escrito otros dos volúmenes de memorias. En uno de ellos se ocupa de su adolescencia y en otro de sus problemas posteriores con el alcohol. Ojalá se editen pronto entre nosotros. Dan ganas de ponerse con ellos nada más terminar este libro duro, desternillante y verdadero.

Ridiculeces exquisitas

✎ **EDUARDO LAPORTE**

Otra valiente editorial, nacida el año pasado, se lanza a la arena con una decidida apuesta por rescatar a autores que lo merecen. Como el 'raro', quizá la mejor etiqueta posible, Jean-Pierre Martinet (1944-1993), fracasado del cine, la literatura y el amor cuya figura se aprecia cada vez más en Francia. Su editor en España, Fernando Peña, destaca sobre todo 'Jérôme', de 1978, aparte de esta 'La grande vie', traducida magistralmente por Rubén Martín Giraldez.

Y de 'Vidorra' nada, porque todo en Martinet es ironía, una cáustica pero tierna en el fondo ironía del perdedor que no oculta su derrota y que sin embargo no renuncia a una mirada clemente del mundo. Recuerda a ese Walser de 'El ayudante', con ese protagonista alter ego que trabaja en una empresa funeraria. Y al Bove de 'Mis amigos', tan admirado por Vila-Matas, o al malogrado y recientemente celebrado Leve de 'Autorretrato' y 'Suicidio'. Una prosa inspirada, lírica, ácida, que no oculta

las partes más feas de sus personajes, es más, pone el acento en su condición enfadada, ridícula, de un modo sin embargo sublime. Como esa portera, la gigantesca señora C., que poco menos que viola sistemáticamente al melifluido Adolphe Marlaud.

A las páginas inspiradas de Martinet, reforzadas por Giraldez, se le suma un peculiar paratexto a cargo de Javier López González, que añade más valor al volumen, un libro 'raro', en el mejor sentido de la palabra, con vocación de joyita para bibliófilos modernos.



VIDORRA

Autor: Jean-Pierre Martinet. Novela. Ed.: Underwood. 94 págs. Madrid, 2017. Precio: 14 euros

la jet de papel

Ngugi Wa Thiong'o
Escritor

La casa de apuestas británica Ladbrokes ya ha comenzado a publicar la lista de sus favoritos al premio Nobel de Literatura, que se fallará en Estocolmo en menos de un mes. Por ahora encabeza la relación el escritor nigeriano Ngugi Wa Thiong'o, que ya se ha encontrado otras veces en los primeros puestos, como



Murakami, Claudio Magris o Margaret Atwood. De los escritores en español, ocupa una excelente posición Javier Marías, entre los diez primeros. Ladbrokes se ha demostrado con los años un indicador muy fiable para seleccionar a los favoritos. Nadie de los altos estamentos literarios apostó nunca por el Nobel a Bob Dylan, cosa que llevaban años haciéndolo los que se jugaban su dinero en Ladbrokes.

Tang Xianzu
Escritor

Un equipo de arqueólogos ha descubierto la tumba de Tang Xianzu, considerado como 'el Shakespeare chino'. Tang Xianzu fue uno de los grandes escritores del periodo de la dinastía Ming, compuso numerosas óperas y piezas dramáticas y murió en 1616, el mismo año que Shakespeare. Su obra más conocida, 'El pabellón de las peonías', fue traducida al castellano en 2016 por la editorial Pliegos de Oriente. Junto a la tumba de Tang Xianzu se han descubierto varios epitafios que harán conocer mejor su vida y la de su familia. Las autoridades de la ciudad de Fuzhou, donde se ha hallado el enterramiento, piensan reconstruir el lugar y convertirlo en un Stratford upon Avon chino que atraiga a un masivo turismo cultural.



la mirada

Palabras viejas

✎ **ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT**

Cuando escribo una novela me pregunto a menudo si los jóvenes entenderán algunas de las expresiones que en ella incluyo. Esta columna no es una crítica en contra de los jóvenes actuales y su nivel cultural, cuidado. Las expresiones a las que me refiero son de tipo puramente coloquial. Ejemplos: «En esta asignatura estoy pez», «este es de los que siempre paga el pato», «se me fue el santo al cielo». Parecen, lo son, expresiones de lo más común en castellano hablado, pero tengo la sensación de que para la juventud actual han caído en completo desuso. Los jóvenes van creando su propio argot que a veces hace fortuna y se incorpora de modo natural al habla de todo el mundo. 'Mogollón', en su acepción adverbial de 'mucho, gran can-

tidad'; 'molar', verbo que indica que algo es positivo, que gusta; 'alucinara', por sorprenderse muchísimo... hay muchas palabras y frases que provienen del argot juvenil y que todos hemos interiorizado. Otras con el mismo origen han quedado por el camino: 'yeyé', 'guateque'... Sin embargo, las expresiones más castizas del español no han calado en las nuevas generaciones. A veces es debido a que las cosas a las que se refieren han desaparecido. Si digo: «Llueven chuzos de punta» el artilugio al que aludo, el palo metálico puntiagudo que llevaban los serenos puede no remitir a nada puesto que los propios serenos ya son historia. «Este chico está como un tren», para decir que alguien es muy guapo, tampoco se usa en la actualidad. Siguen existiendo trenes, pero la frase hace referencia

a la impresión fastuosa de poder y presencia que generaron los primeros trenes en la gente. Por no hablar de los términos taurinos, que los jóvenes raramente utilizan: «dar la puntilla», «lento hasta la bandera», «a toro pasado»...

Una buena parte del lenguaje es generacional. Los más veteranos hemos tenido que aprender qué demonio son un clon, un nerd, un friki, un pendrive, un dron, etc. Entre modas pasajeras, anglicismos y nuevas tecnologías hemos ampliado nuestro vocabulario en un intento de ponernos al día. Sin embargo, perder los términos tradicionales me produce gran frustración. En primer lugar, porque son divertidos: «¡A buenas horas mangas verdes!», «se me cayeron los palos del sombrero» o «tener más conchas que un galápago» son oraciones que contienen un efecto cómico en sí mismas, efecto que ancla sus raíces en la ironía que desde tiempos cervantinos, ha sido una característica del español. Llámeme casticista si quieren, pero también los jóvenes deberían hacer el esfuerzo de entender lo que es su pasado idiomático.

diálogos mínimos

✎ **JUAN BAS**



– Su vida estuvo delimitada por dos mujeres.
– Es cierto; una lo trajo al mundo y otra lo sacó de él.

– ¿Tiene mal perder?
– Cuando no le sale un solitario, se autolesiona.

– O te leo un poema mío o te doy una paliza.
– Espera a que me quite las gafas.